

LA MUERTE DEL DIQUE

A mis compañeros de la Escuela Naval

ACABO de saber que el Dique Flotante del Callao, esa construcción negra que parece tan linda, fondeada un poco hacia fuera, detrás de pontones deshechos y de lanchas repletas de carbón, se ha hundido con crujiente estrépito de maderamen. Para mí, humilde apreciador de cosas con un criterio común, representaba ese dique flotante una buena parte de la vida estudiantil, indudablemente la mejor. La época que pasé á bordo del pontón «Perú» estudiando matemáticas para más tarde ser el hombre útil que ahora no puedo ser. Sí. Allí estudié esa famosa álgebra tan remachada á mis recuerdos, que tanta importancia tuvo á mis ojos, y á la que con gran dolor he visto más tarde desdeñada por todos los que se hallan vestidos con el uniforme seductor de la marina nacional ó con un diploma de la escuela de Ingenieros ó de la Facultad de Ciencias en el bolsillo. Pues aquel tiempo estudiantil que pasó para nosotros tan breve en ese buque-escuela destinado más tarde á lazareto y que hoy ha vuelto á recobrar su antiguo título, ha sido el mejor de nuestra vida. ¡Y como no! Salvo las arremetidas de los profesores para conferenciarnos con esas bellas ciencias náuticas todo era una embriaguez para nuestras jóvenes imaginaciones. Desde luego había allí, como en todo colegio, los alumnos buenos, aplicados, y circunspectos y los abandonados, desastrados y ociosos. De estos últimos era yo, no hay que decirlo me acompañaban en esta tarea muchos jóvenes que hoy son gerentes de salitreras ó que militan en elevados puestos. Muchos murieron en los engañosos espejismos de una fortuna pescada en el oriente peruano, y otros viven aún, como en aquel tiempo, desligados de todo compromiso y buscando todavía lo que podríamos llamar una *comodidad de alma*. Una actitud desconsolada en la vida. Nos levantábamos á las 6 y de allí subíamos á la *toldilla* ó sea la primera cubierta y nos entregábamos al empecatado y útil estudio de álgebra ó de geometría, sin profundizarla demasiado y desechando los teoremas antipáticos. Esto no era siempre, las más de las veces nos distraía del provechoso estudio la contemplación, que nunca llegó á hartarnos, de las demás embarcaciones que entraban y salían del puerto. Ya era el vapor de la ca-

rrera, fondeado cerca de la multitud de botecillos fleteros. Ya eran magestuosos acorazados con su correspondiente séquito de salvas, ó barcos y fragatas con las velas hinchadas. Por lo demás nadie nos cuidaba. El hecho de que pudiéramos estudiar por convicción dejaba descansar á los profesores y brigadieres que eran tan alumnos como nosotros. Pero qué convicciones se pueden tener á los 12 ó 14 años? Nuestra convicción más arraigada era no estudiar. Y veíamos los buques, los botes, los mil incidentes marítimos. Uno de estos era la entrada al dique flotante de las embarcaciones. Aquello exigía una maniobra que duraba un día y que nos distraía muchísimo. El dique se sumergía casi hasta los bordes empleando sus válvulas de presión y luego entraba el buque averiado sin esfuerzo; el dique volvía á su línea de flotación empleando otra vez los mismos esfuerzos y las mismas válvulas. Y el encanto del espectáculo residía en ver al barco aprisionado sobresaliendo la proa cifrada con anillos romanos y la popa aleteándole el timón y la hélice. Cuando llegaban esos domingos del marino, en que se cierran los libros y las carpetas, pedíamos permiso para dar vueltas á la bahía en un bote. Muy rara vez nos concedían una falúa para ir á la isla de San Lorenzo, y nuestro cuidado más grande era curiosear el dique darle vueltas y revisar las quillas cubiertas de excrecencias verdosas que la rasqueta iba limpiando. Creíamos al dique un monstruo negro algo inquietante y nos acercábamos con religioso respeto. Y cuando más tarde he viajado y tenido ocasión de ver esos blancos y ridículos diques de Valparaíso, me he acordado de nuestro dique que hoy desaparece viejo, crugiente, cansado de haber trabajado tanto y de haber soportado sobre sí tantos barcos diferentes que entraron á él con las averías de la navegación y salieron limpios y ligeros á nuevas campañas. Y yo me pregunto. No habrá entre esta generación de marinos quien sienta como yo y que recuerde ese aparato fantástico puesto como un muro, allá cortando el horizonte? Quién sabe! De todos modos si ese espíritu existe le doy el pésame.

MANUEL BEINGOLEA.

